

el alto de Cahuara, conduciendo la operación de Jigüe. Allí hubo que improvisar un puesto de mando más o menos permanente dentro del monte; crear condiciones mínimas para el funcionamiento de la Comandancia y para el abastecimiento de su cocina y del personal que participaba en el cerco del Batallón 18. Una muestra de los pequeños y grandes problemas cotidianos durante esos días la ofrece Celia en este mensaje que envió desde Cahuara a Delsa Puebla, *Teté* para nosotros, en Mompié, el primer día de la Batalla de Jigüe:

Llama por teléfono a Camilo [a La Plata] y dile que me mande una de las cajas de tabacos que hay allí de Fidel, que trate de ver a Gello [Argelís] que viene para acá para que la traiga. Aquí no tiene tabacos Fidel ni el Ché. Al Ché lo llamas [a Minas de Frío] y dile que Fidel solo se quedó con un tabaco y dos le mandé a él, que mando a buscar a Camilo y cuando me lleguen yo le mandaré.

En ese mismo mensaje, Celia se refiere también a otros problemas más serios que este de los tabacos: [...] anoche nos mojamos todos y la mercancía y las balas también. Estamos acampados en el monte y llueve desde la tarde hasta la salida de la luna. Pedí los nylon y los zapatos desde el día antes de salir de la Mina; cuéntale a Camilo la necesidad que tenemos para que se apure y los mande. Hemos pasado dos días sin comer, por aquí no teníamos nada; recordando tiempos que no han pasado, se alejan pero vuelven. He cogido el gran catarro.

Esa noche el agua le cayó encima a la Comandancia.

Una de las consecuencias del estricto bloqueo impuesto a la Sierra Maestra por el enemigo, como parte de su ofensiva, fue el hecho de que dejamos de recibir las contribuciones monetarias que nos enviaban desde el llano, recopiladas a partir de donaciones de hacendados, empresarios, comerciantes u otras fuentes, así como de los propios militantes clandestinos del Movimiento. Era este dinero el que se utilizaba para pagar escrupulosamente toda la mercancía que se adquiría de los campesinos, sobre todo, viandas y otros productos alimenticios. Sin embargo, a pesar de las entregas gratuitas espontáneas que realizaron muchos de los pobladores del teatro de operaciones, pronto encontramos algunas alternativas para suplir esa carencia de dinero. Un ejemplo de ello queda de manifiesto en este mensaje que me envió Ramiro el 28 de mayo desde la Columna 4:

He autorizado a un hombre responsable y serio para hablar con los caficultores de una extensa zona para recabar fondos. El ejército amenaza por esa zona y es propicio el momento para la gestión, pues ellos esperan protección. Le he dado instrucciones al enviado para que los caficultores no vayan a pensar que sus aportes económicos sean un canje con nuestra protección. Si tienes algún plan para la próxima cosecha de café házmelo saber para ponerlo en práctica.

Ya recibí la contesta a una de mis gestiones: \$2.000 de crédito en un almacén de Bayamo; ya salió el primer envío de mercancías para ésta.

Factor de gran importancia, y muchas veces determinante de nuestro desempeño exitoso en las acciones emprendidas por las fuerzas rebeldes durante la ofensiva, fue el papel de los mensajeros rebeldes. A lo largo de estas páginas hemos visto y seguiremos viendo numerosas ocasiones en que fue posible tomar a tiempo decisiones cruciales para garantizar el éxito de una operación determinada, gracias a la celeridad y eficiencia con que nuestros mensajeros transmitían las órdenes o indicaciones pertinentes, o me hacían llegar las informaciones enviadas por los jefes en los frentes de combate.

Ya expliqué en el capítulo referido a los preparativos para la defensa de nuestro territorio que, en previsión de la ofensiva, habíamos logrado establecer comunicación telefónica entre La Plata, la tiendecita de la Maestra y Mompié; que ya durante plena ofensiva pudo extenderse hasta Minas de Frío, gracias al bravo esfuerzo del grupo encargado de ello. Ese era todo el alcance de nuestra red telefónica, la cual, a pesar de su limitación, fue muy

útil en varias ocasiones. En cambio, el enemigo tenía a su disposición todos los medios de comunicación inalámbrica existentes en aquel momento, sobre todo, equipos de microonda, lo cual le aseguraba una comunicación inmediata entre sus diferentes unidades, y entre estas y el puesto de mando de Bayamo o los puestos avanzados en Estrada Palma, Cerro Pelado, Cienaguilla y otros puntos. Nosotros, sin embargo, teníamos que depender de la habilidad, la astucia y la resistencia física de nuestros mensajeros, capaces de recorrer largas distancias en las montañas, casi siempre a pie, en un tiempo asombrosamente corto.

Muchas veces los mensajes eran llevados por algún combatiente escogido por el jefe de una de nuestras escuadras o pelotones, con estas características que acabo de mencionar. Pero por lo general, en el caso de los mensajes que yo enviaba desde donde tuviera instalado en un momento determinado mi puesto de mando transitorio o sencillamente desde donde me encontrara en esa ocasión, nuestro intercambio de mensajes era realizado por un grupo selecto de combatientes cuya función era la de actuar como mensajeros. De todos ellos, quizás el más confiable por su rapidez y responsabilidad fue el ocurrente Juan Pescaó, ya mencionado en estas páginas. Otros nombres que no puedo dejar de registrar son los de Edilberto González Rojas y Eliécer Tejeda Peña, ambos subordinados a Remigio Álvarez Figueredo, quien fungía como jefe de este pequeño grupo de mensajeros al servicio de la Comandancia.

Con ellos y con otros, nuestro Ejército Rebelde tiene una enorme deuda de gratitud. Quizás muchos no hayan disparado jamás un solo tiro ni hayan estado presentes en algún combate, pero todos se merecen con creces el reconocimiento de su condición de combatientes, pues también contribuyeron decisivamente a nuestra victoria.

No debe olvidarse tampoco la labor desarrollada por nuestros arrieros, responsables de trasladar con sus mulos todo tipo de suministros, incluidos, en ocasiones, armas, municiones y otros pertrechos de guerra. Era un trabajo de gran responsabilidad y plagado de peligros, pues en cualquier momento estas arrias, generalmente acompañadas por arrieros desarmados, podían caer en una emboscada enemiga o ser blanco de un ataque aéreo. Recuerdo ahora el nombre de Eduardo Rodríguez Vargas, *Pipe*, arriero de confianza de Celia, quien por su íntimo conocimiento de todos los rincones de la montaña prestó después del triunfo de la Revolución, durante muchos años, un inapreciable servicio como práctico del equipo de investigadores históricos que con su trabajo minucioso contribuyeron a reconstruir la historia de la Sierra, y en los que me he apoyado para la redacción de estas páginas.

Mención especial en este recuento merecen los médicos rebeldes. En condiciones sumamente precarias, a veces sin los recursos mínimos necesarios, realizaron verdaderas proezas. Los heridos, tanto los rebeldes como los guardias enemigos capturados tras un combate, y también niños y otros pobladores de la montaña, deben sus vidas, en muchas ocasiones, al empeño abnegado y eficiente de los médicos que prestaban servicios en nuestras filas.

Doctores como René Vallejo, Manuel Piti Fajardo, Julio Martínez Páez, Bernabé Ordaz, Vicente de la O, Sergio del Valle, Fabio Vázquez, Raúl Trillo y el dentista Luis Borges Alducín, entre otros, no pueden dejar de ser mencionados en estas páginas. Varios de ellos, como Vallejo, Piti Fajardo y De la O, realizaron, en varias oportunidades, funciones de apoyo a nuestra acción, ajenas a su profesión médica.

Dentro del teatro de operaciones de la ofensiva en el Primer Frente funcionaban solamente dos instalaciones que pudieran ser consideradas como hospitales sedentarios de campaña: el de Pozo Azul, atendido por el doctor Vallejo, que en un momento determinado fue preciso mudar a la zona de Limones ante la amenaza de que fuese ocupado por una tropa enemiga que llegó hasta Aguacate, a unos cinco kilómetros de distancia; y el de La Plata, establecido primero en Camaroncito, al cuidado del doctor Martínez Páez, junto al río La Plata, que debió cambiarse de lugar después que una crecida del río lo afectó severamente, entonces fue ubicado en Rincón Caliente, a media distancia entre la Comandancia y el barrio de Jiménez. A partir del

mes de junio, este hospitalito fue trasladado a la propia Comandancia, donde funcionó durante la ofensiva, en instalaciones provisionales, y en el que prestaron servicios, entre otros, aparte de Martínez Páez, los doctores Ordaz, Fajardo, De la O y Trillo. En la Comandancia de La Plata se conserva todavía el hermoso hospital construido después de la ofensiva como instalación permanente, y el rústico vara en tierra que sirvió como gabinete dental del doctor Borges Alduncín. Salvo estos hospitales, la labor de nuestros médicos se realizó principalmente en el mismo campo de batalla.

Dentro de la actividad de retaguardia, mención aparte merecen también las mujeres. En esta época no había surgido aún la idea de la creación de un pelotón femenino, que cuajó en el mes de septiembre, después de la ofensiva, al constituirse por iniciativa mía, en contra de la opinión de algunos, el Pelotón Mariana Grajales. Las mujeres presentes en nuestras filas durante la ofensiva, muchas de las cuales integraron más tarde el pelotón de las Marianas, desempeñaron en esta época funciones de apoyo de todo tipo, como asistentes de los médicos, mensajeras, cocineras, ayudantes en tareas de suministro, reparadoras de uniformes y calzado, centinelas; en fin, prestaron valiosísimos y variados servicios.

Ejemplar fue la labor de asistente de Celia realizada por Teté Puebla, quien, además, como veremos en su momento, desempeñó con eficacia la delicada misión de ser la emisaria enviada por el Che al campamento enemigo en las Vegas de Jibacoa para negociar los detalles de la entrega de prisioneros y heridos enemigos, efectuada el 23 de julio, aún en plena batalla contra la ofensiva.

Otras mujeres destacadas en esta etapa fueron Rita García y Eva Palma, sobrevivientes milagrosas del mortero que mató a Geonel Rodríguez; Orosia Soto y Juana Peña, ayudantes de los médicos; Olga Guevara, Angelina Antolín y Ada Bella Pompa.

Papel decisivo, como parte de nuestra retaguardia durante la ofensiva, correspondió a Radio Rebelde. La emisora que, como se recordará, fue trasladada a finales de abril desde Pata de la Mesa, en la zona del Che, hacia La Plata, funcionó durante los 74 días de combate como vehículo de información a otros frentes rebeldes, a los combatientes de la clandestinidad en el llano y a todo el pueblo, de lo que estaba ocurriendo día a día en las montañas de la Sierra.

Casi a diario, Radio Rebelde transmitía un parte de guerra, muchas veces redactado por mí, acerca del desarrollo y los resultados de las acciones combativas. Por esta vía sus oyentes, dentro y fuera de Cuba, recibían una información absolutamente veraz de lo que ocurría, y podían hacer caso omiso de las falsedades, exageraciones, omisiones y desinformaciones divulgadas por los medios de propaganda del Ejército enemigo.

En esta labor de Radio Rebelde participaron, de manera decisiva: Luis Orlando Rodríguez, director titular de la emisora; el técnico principal Eduardo Fernández, asistido por Orlando Payret, Luis González y Otto Suárez, quienes fueron capaces de mantener la emisora funcionando con regularidad a pesar de todas las dificultades; la asistente Alicia Santacoloma, mecanógrafa y editora; los locutores Jorge Enrique Mendoza, Orestes Valera, Ricardo Martínez y Violeta Casals, quienes con sus voces llegaron a convertirse en exponentes emblemáticos de la lucha rebelde.

A propósito de los locutores, entre los papeles se conserva esta nota mía a Orestes Valera, que incluyo en estas páginas para mostrar la atención minuciosa con que yo seguía la labor de Radio Rebelde, precisamente por la importancia que le concedía, a pesar de que ya teníamos un futuro traidor, Carlos Franqui, que después de desertar del Partido Comunista —entonces PSP— fue erróneamente captado por el Movimiento 26 de Julio, y resultó ser, en realidad, un tráfuga y ambicioso que trataba de sembrar la cizaña del anticomunismo en nuestra filas:

Orestes: Vas adquiriendo un tono y un énfasis por radio parecido a los locutores de Díaz Balart [Rafael Díaz Balart, principal vocero del régimen batistiano]. No te vayas a ofender por eso. Solo quiero que trates de superarlo. Tú sabes que la declamación es un arte. Tú tienes voz sonora y dicción buena, pero das énfasis de gente fascinerosa